

# RIAÑO

## 20 ANIVERSARIO

Juan Prieto Martín

*Juan Prieto Martín, natural de Alcalá de Henares y biólogo, tenía veinte años en diciembre de 1986, cuando comenzó el primer “ataque” contra Riaño. Con la ilusión y el entusiasmo propios de esa edad, no podía quedarse quieto sin intentar hacer algo para evitar o retrasar la destrucción del pueblo y el desastre ecológico subsiguiente: la inundación del precioso valle en el que se situaba. Tras una primera visita en las Navidades de ese año, él y otros amigos fueron de los que en julio de 1987, cuando se reanudaron las demoliciones, “resistieron” lo que pudieron, en ocasiones subidos a los tejados de las casas para evitar su derribo. Su testimonio de los acontecimientos es, pues, directo, y ahora que se cumplen veinte años del fin de Riaño es el momento de leerlo con atención para reflexionar una vez más sobre unos hechos que, aunque parezca increíble, sucedieron no bajo un régimen dictatorial y hace muchísimas décadas, sino en un país democrático de occidente y a finales del siglo XX.*

Se cumple en julio de 2007 el 20 aniversario del desalojo por la fuerza de los habitantes y el derribo de todo el pueblo de Riaño, incluida la voladura con explosivos de la iglesia, como castigo a la resistencia de los habitantes a irse, y como intimidación para posibles resistencias en otros lugares. Creo que ni en la dictadura de Franco ocurrió nada igual. Pero el gobierno socialista de Felipe González lo hizo recuperando un antiguo proyecto franquista. ¡Qué poder que tienen las eléctricas!

Para mí fue tal vez la experiencia vital que más me ha marcado en mi vida. No he estado en ninguna guerra, ni epidemia, ni gran catástrofe, pero fui uno de los escasos pero valientes resistentes en los tejados de Riaño.

Fue una semana de julio de 1987 muy dura para un chavalito de 20 años, con gran sensibilización ecológica y luchador en la defensa de la naturaleza, pero todavía muy ingenuo, que fue a Riaño con la intención de intentar colaborar en la salvación del pueblo y del valle. No conseguimos esto. Entonces yo me decía que si en lugar de ser unas decenas hubiésemos sido varios cientos de resistentes otro gallo nos hubiera cantado. Éramos David contra Goliat, 30 locos contra un batallón de varios cientos de guardias civiles, en un valle aislado del mundo y tomado por la fuerza. Soñábamos por la noche con que alguien nos ayudase volando la presa.



Dos jóvenes se oponen al derribo de una casa, subidos al tejado

Allí perdí mi inocencia juvenil. Descubrí por mis propios ojos con gran sorpresa la manipulación informativa de los medios de comunicación, que decían que toda la gente de Riaño estaba bien indemnizada y que tenían otra casa, mientras veía cómo gente a la que se la tiraban se iba a dormir a un prado cubiertos por plásticos.

De forma estratégica, lo primero que demolieron fueron los comercios: bares, tiendas de alimentación; para asfixiar a la gente. Nos dio igual, porque hicimos patrullas de desescombro para buscar víveres. Estuvimos una semana sin comida, sin luz, pero hubo una gran solidaridad y lo sobrellevamos lo mejor que pudimos.

Los primeros días estaba bastante gente, aunque rápidamente desapareció la mayoría. Resistimos *cuatro gatos*: Tinín; Barcia y Toribio, de Perales del Río (Madrid); Luchito, Carreto y yo, de Alcalá de Henares; Javi, de Santoña; Carlos, Iñaki, Bernardo y Carmen, de Bilbao y Santander; algunos ecologistas de León y Madrid; otros de Murcia; y una mujer y su hija, de un pueblito de cerca de la presa (los únicos oriundos del valle).

La gente del valle después de tantos años ya había tirado la toalla y no peleó en esta última batalla.

La dinámica era la misma todos los días: a media mañana salía la columna de guardias civiles desde el Cuartel,

cercaban una manzana, la acordonaban no dejando entrar a nadie, venía la excavadora y demolían las casas. Nadie sabía dónde iban a ir al día siguiente. Los *resistentes* lo intuíamos y nos subíamos previamente a los tejados de los edificios que pensábamos que podían caer ese día.

Cuando en diciembre de 1986 comenzaron a demoler las primeras casas, estuvieron unos compañeros de Alcalá, entre ellos mi amigo ya fallecido Gonzalo Merelo. Pararon rápido por la interposición de un interdicto y por las fechas de Navidad, aunque les dio tiempo a sacar un ojo a un *tejadista* con una pelota de goma.

Quise conocer este precioso lugar antes de que desapareciera, y lié a unos amigos para ir en Navidad. Nos alojamos en una de las casas desalojadas que se encontraban ya deshabitadas. Descubrimos un pueblo con ilusión, donde paradójicamente acababan de abrir un *pub* como si no quisiera la gente reconocer que la sentencia de muerte de Riaño ya estaba firmada y sólo era cuestión de unos meses. Nos encantó el valle, verde, con gran anchura, al pie del pico Yordas. Visitamos la Salsa con mi amigo Miguel Rico, donde habían capturado al oso *Salsero*, y estuvimos con los biólogos que lo estaban siguiendo, y con Alfonso Senosiain, de Pamplona.

Cuando a primeros de julio de 1987 me entero por las noticias que habían vuelto a iniciar el derribo del pueblo, no me lo pienso dos veces. Tuve la suerte de que ese mismo día había terminado el curso de Biología con todo aprobado y un mes antes me había lesionado en una competición de atletismo, por lo que estaba libre para salir pitando, lo que hice a la noche siguiente con dos amiguetes que se animaron sobre la marcha, Carreto y Lucho.

Fuimos en el tren de la noche a León, y de allí en autobús a Riaño. Todavía no estaba cercado el valle y llegamos sin problema al pueblo. Al poco nos encontramos con un chico que había venido solo desde Santoña, Javi, que se juntó con nosotros para el resto (seguimos viéndonos y siendo amigos 20 años después), y con tres chicos de Perales del Río, Barcia, Tinín y Toribio, que se alojaron en la casa de dos abuelitas encantadoras. Posteriormente, Toribio fue, en 1992, el primer insumiso preso en Madrid, cumplió una condena de dos años, cuatro meses y un día en la cárcel de Carabanchel, y yo participé activamente en su grupo de apoyo, *Gatito*.

Asistimos ese mismo día a una reunión de resistentes, con bastante gente, pero la mayoría desapareció rápidamente. Insistían en cubrir las casas situadas debajo del futuro viaducto sobre el embalse que parecía eran las prioritarias a derribar.

Al día siguiente todo el mundo estaba en esa línea menos Javi y yo. Tuve la intuición de que no iban a ir allí. Vino la Guardia Civil y nos cercó; nos subimos a los tejados de dos casas contiguas, pero nos *acojonamos* de miedo y bajamos. Era el primer día y estábamos allí solos.

Vimos cómo les daban a los habitantes de la casa cinco minutos por si querían sacar algo, y seguidamente la derribaban. Vimos los lloros de la gente. Tirar la casa propia es la mayor humillación que se le puede hacer a alguien, es matarle en vida, como le pasó a un abuelo que se pegó un tiro en la cabeza tras ver como le derribaban su vivienda.

Al día siguiente, mientras estábamos pensando cómo sabotear una excavadora que estaba sola, apareció la Guardia Civil y nos subimos corriendo Javi y yo al tejado de una casa, cerrando todos los accesos con muebles, cerrojos, maderas; blindándonos en él. La Guardia Civil va subiendo rompiendo todos los obstáculos que le hemos puesto. Se asoman a la trampilla, y nosotros bajamos al borde inferior del tejado (imagen immortalizada que salió en la prensa). El mando les dice que no salgan al tejado por el riesgo de caerse, y avisa a la patrulla de montaña de la Guardia Civil, que llega al cabo de varias horas y me baja haciendo rapel. Un capitán de bigotes larguísimos nos echó una buena reprimenda y nos llevó detenidos al Cuartelillo. Allí ya estaban, también detenidos, Toribio, Barcia y Tinín. Nos ficharon: fotos de frente y de perfil. Fue una experiencia divertida. Por la tarde nos llevaron detenidos y esposados al Juzgado de Cistierna (a 30 km) donde nos recibe el juez. Somos asistidos por Sáenz de Buruaga padre y puestos en libertad. ¡Qué corte fue entrar al Juzgado esposado! Y qué alegría recobrar la libertad. Volvimos en autostop tres de nosotros sin problemas, pasando el control de la Guardia Civil, pero Barcia y Toribio no tuvieron esa suerte e hicieron los 30 km andando de noche. El control lo pasaron por el río, rompiéndose los pantalones por las zarzas, *cagados* de miedo de que les descubriesen, y llegaron a Riaño de madrugada.

Otro día nos concentramos todos en una casa junto al Ayuntamiento, y aguantamos todo el día lloviendo en el tejado. ¡Qué duro! Cubiertos con plásticos, ese día no vinieron a por nosotros, pero creo que la tiraron al día siguiente.

Había una imagen, una Virgen creo, muy querida en el pueblo, que desapareció de la iglesia en esos días. Salió reflejado en la prensa. Creo que nadie ha contado la verdad de lo que pasó con esta Virgen. 20 años después lo voy a contar. Algunos de mis compañeros, animados por la gente del pueblo, entraron a la iglesia, la cogieron y la enterraron entre los escombros de casas demolidas. La idea de la gente del pueblo era que la Virgen no se fuera del pueblo. Si el pueblo moría, ella se quedaría en él; y sus deseos se cumplieron.

Tengo que hablar de mi amigo Lucho, asilado político chileno en esos momentos, que vino de casualidad, pero que fue todo un personaje. Tenía que evitar como fuera que lo detuviesen, por el riesgo a ser repatriado. Recuerdo el día que tuvo que escapar de un tejado saltando hasta el suelo, volando al lado de su cabeza las pelotas de goma, que afortunadamente no le alcanzaron. Fue el organizador

de las patrullas de búsqueda de víveres bajo los escombros del edificio donde estaba el bar, por las tardes, con gran éxito, apareciendo para nuestro regocijo latas de melocotón en almíbar y otros alimentos. Organizó una simulación teatralizada del desfile del *escuadrón de los resistentes*, disfrazados de soldados, mofándonos de las marchas de la Guardia Civil, que fue muy divertida y concurrida.

Las mañanas eran la *guerra* (las demoliciones) y las tardes eran de relax (de tregua). Nos llegamos a bañar en las mismas pozas del río los *resistentes* y los guardias civiles.

El desenlace se veía venir. Llegaba la desesperación.

Estábamos unos cuantos resistiendo en un edificio, y la excavadora demoliendo la casa anexa. Veo la oportunidad de intentar colarme en ella con el objetivo de subirme al tejado y ponerles las cosas más difíciles, en una acción arriesgada. Me cuelo en la casa, pero, mala suerte, la escalera ya esta demolida, por lo que es imposible subir. Esta acción irrita a la Guardia Civil. Viene el mismo siniestro capitán del otro día y me llama, *otra vez tú*, y me hace señas de que baje. El cordón policial se echa para atrás con el fin de alejar a la prensa y que no vea lo que se avecina. Yo estoy a metro y medio sobre los escombros, salto, me acerco a los *pikolos* y, claro, me dan un escarmiento, me hacen una *melé* a porrazos, que recibo de todas direcciones. Yo me agacho y me cubro la cabeza con los brazos como puedo. Me esposan de una forma especialmente molesta, y me conducen hacia el cuartelillo. Lloro como una magdalena, desesperado, lleno de impotencia, como no creo haber llorado en mi vida. Toda mi ilusión frustrada. Era el fin. Habíamos perdido. Llego desconsolado al Cuartel. Allí los guardias civiles del cuartel, que ya me conocía del otro día y habían sido muy majetes, me consolaron y apoyaron –gracias– porque estaba muy tocado. Esta vez estaba solo, y esto era mucho más duro. En un gesto de confianza me enseñaron el *dossier* fotográfico del abuelo que se pegó un tiro, fotos siniestras que poca gente pudo ver.

Me llevaron a Cistierna, solo, ya tarde, me soltaron en el juzgado, creo sin ver siquiera al juez, y se me hizo de noche sin conseguir que algún coche me llevase de regreso a Riaño. Tras muchos paseos por la calle principal de Cistierna me busqué un sitio para dormir en un portal. Me salió mal. Al cabo de un rato vino un hombre y me echó de muy malas maneras. Yo estaba hundido, y encima esto. Ya desesperado, sin saber qué hacer, paseaba a altas horas de la noche cuando un coche para y me preguntan por un bar, les acompaño y les cuento. Iban para los Picos de Europa y se *enrollan* para intentar llevarme a Riaño. El problema era el control policial de la presa, donde no me dejarían pasar. Me tumbé en el suelo tapado con un abri-

go. Y funcionó. Gracias a la oscuridad de la noche no me vieron y llegamos a Riaño. Esa tarde habían volado la iglesia con dinamita, increíble pero cierto, y yo me perdí el espectáculo por estar en Cistierna.

Era de madrugada, el paisaje parecía de guerra, escombros ardiendo por todas partes del pueblo como si hubiera sido arrasado por una guerra. Hubo un joven valiente del pueblo que cuando fueron a echarlo de su casa para tirársela tenía un plan preparado a la perfección. La mayor humillación para alguien es que le demuelan su casa por la fuerza. Este joven pensó: “yo antes la quemo”, y así lo hizo: lo preparó todo en el *sobrao*, y cuando la Guardia Civil subió a por él bajó, pero antes prendió su casa con disimulo. Yo estaba subido en un tejado próximo y tenía muy buena visibilidad del espectáculo. Primero salía un poco de humo, y poco a poco fue prendiendo y se quemó entera. Fue precioso. Estas casas antiguas eran todo de madera. Este valiente joven puso un antes y un después. A partir de ese día empezaron a arder las casas por doquier. Perdieron el miedo. Antes pensaban que las casas, como estaban expropiadas, ya no eran suyas y no podían hacer nada con ellas, ni siquiera quemarlas.

Fue una sensación extrañísima al llegar de madrugada a Riaño. Yo no sabía dónde estaban mis compañeros; sentí una gran soledad. Ya no quedaba nada en pie salvo el Cuartel de la Guardia Civil y el Ayuntamiento, que era ya el local de los resistentes. Todo el pueblo arrasado. Llegué al Ayuntamiento y me eché a dormir solo en una de las habitaciones.

Al día siguiente, con la guerra ya acabada y perdida, sentíamos que nos teníamos que ir de allí, no aguantábamos ni un minuto más. Partimos andando Carreto, Javi y yo rumbo a Santoña, pues Javi nos había invitado a ir a su pueblo. A Lucho, increíblemente contento, lo despedimos pescando en el río, y nos dice que se vuelve a Madrid con unos periodistas. Nosotros, *hechos polvo*. Yo tardé muchos años en ser capaz psicológicamente de volver por allí.

Nuestra última aventura fue intentar llegar a Santoña andando y haciendo dedo tres *pintas*, de forma que no nos paraba nadie. Casi no nos quedaba dinero ni comida. Conseguimos llegar hasta Santander y Astillero, donde ya desistimos. Fue la única vez en mi vida que llegué a pedir algo para comer, un trozo de pan en un bar de Astillero, cuando se nos acabó el dinero. Conseguimos regresar a Madrid gracias a que nos dejó dinero nuestra amiga Carmen en Santander. Fin del viaje y de la aventura.

*\*Juan Prieto Martín es biólogo.*

## DOSSIER FOTOGRÁFICO SOBRE LA DEMOLICIÓN DE RIAÑO 20 ANIVERSARIO

Reproducimos estas imágenes, tomadas de la prensa local leonesa y datadas en los meses de diciembre de 1986 y julio de 1987, a modo de homenaje al viejo Riaño, en el vigésimo aniversario de su desaparición.



EL FIN DE RIAÑO

Esta semana comenzaran los trabajos de deforestación y explanación de los terrenos que constituirán el vaso del antano de Riaño. Las demoliciones han terminado ya y en sólo falta por derribar las construcciones de Burón y

Vegacerneja, los dos últimos pueblo afectados por el embalse, que la Administración ha decidido indultar hasta próxima orden. El mes de julio ha sido decisivo para hacer real la pesadilla de los vecinos de la zona monta-

sa. La rapidez y la fuerte vigilancia ha caracterizado las demoliciones, con algún brote de resistencia por parte de los habitantes desalojados. El MOPU en esta cuenta atrás ha manifestado reiteradamente sus razones.



Guardia Civil cargó contra los vecinos y contra los ecologistas que se instalaron en el valle



CESAR

Se prevé que Burón y Vegacerneja sean demolidas dentro de un mes

# Esta semana comienza la deforestación y explanación del valle de Riaño



Guardias civiles obligan a bajar de un tejado a los ecologistas

NORBERTO



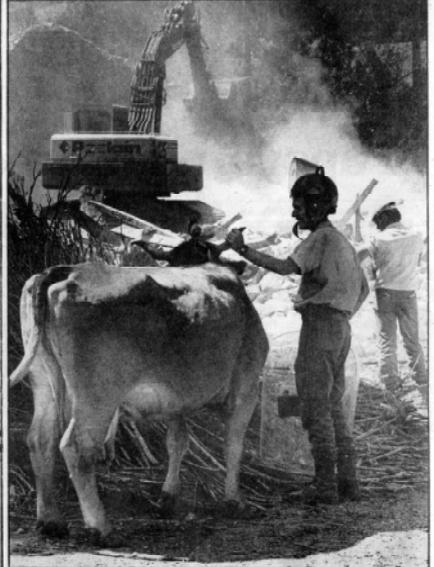
Un capitán de la Guardia Civil abraza a una vecina que momentos antes había acordado su casa para ser demolida. Fue una de las escenas más humanas vividas en los tres últimos días en Riaño



CESAR

El delegado del Gobierno Civil, Luis Aparicio, (con gafas) acompañado por directivos de la Confederación Hidrográfica.

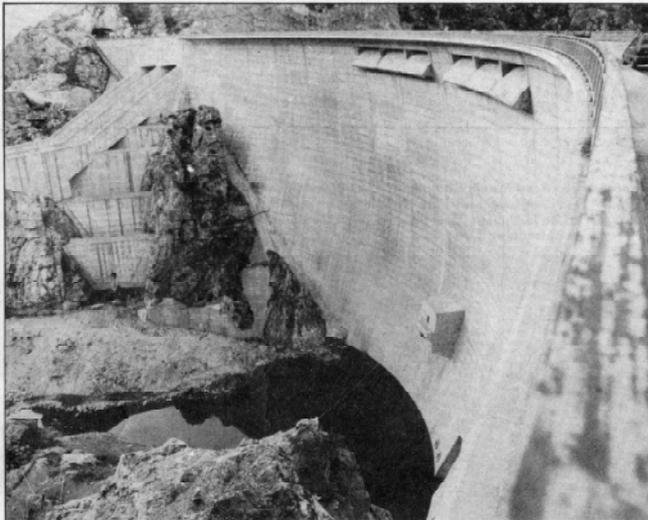
FIN DE RIAÑO



La Guardia Civil ocupa el tiempo mientras continúan las demoliciones

NORBERTO J

EL FIN DE RIAÑO



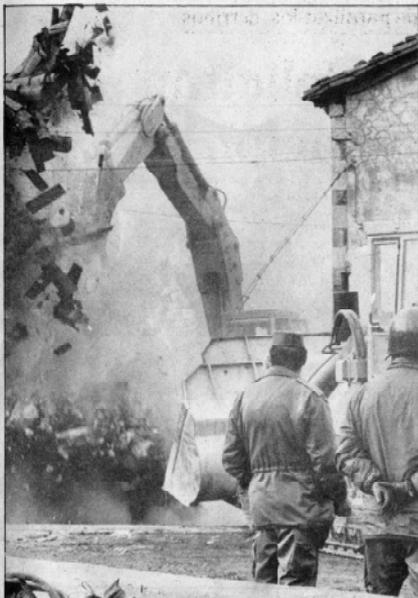
Coscueluela asegura que la presa es segura

NORBERTO

El ambiente que se respira es de pasividad e impotencia

NC

TREGUA EN RIAÑO



A pesar del requerimiento judicial continuaron durante varias horas los derribos.



El joven riañés José María Alonso es apartado del camino de una excavadora a la que impedia el paso.

CESAF